


EL QUIRÓFANO 

Estancias, restancias y distancias

ESTANCIA

Sergio Gaspar

DVD Ediciones. Barcelona, 2009. 64 págs.

POESÍA

Estancia es un término polisémico, y el poeta Sergio Gaspar (Checa, Guadalajara, 1954) es una persona cultivada, amante de la lírica medieval y renacentista, y poco dada a la explicitud, lo cual invita a citar al menos dos sentidos de la palabra. Uno de ellos alude a las estancias de que se componían las *canzones* provenzales, el otro (señalado en el mismo poemario) a la existencia humana como “estancia en el aire”. Ello podría dirigirnos razonablemente a una anfibología programada, en que Gaspar intenta presentarnos su *edad* (un motivo renacentista, como lo es el eco garcilasiano de la página 18) entendida como existencia regida por lo poético, una suerte de ontología lírica, que en realidad es un *topos* común europeo: “me sigue pareciendo que la lengua no es sólo la casa del ser, sino también la casa del ser humano, en la que vive, se instala, se encuentra consigo mismo, se encuentra en el Otro, y que la estancia más acogedora de esta casa es la estancia de la poesía, del arte” (H. G. Gadamer, *La herencia de Europa*).

Ha sido señalado en diversas ocasiones el lugar difícil que Sergio Gaspar tiene en la poesía española, al que no ha ayudado mucho la voluntad silente del autor. Gaspar sólo ha dado a la imprenta *Revisión de mi naturaleza* (1988), *Aben Razin* (Endymion, 1991) y *El caballo en su muro* (Luis de Burgos Editor, en colaboración con el artista Ramón Zurriarain, 2004). Teniendo en cuenta que son poemarios breves, que parte de *El caballo en su muro* (“Un día con Stevens”) se incluye en *Estancia*, y que son apenas 120 páginas de poesía en 21 años, nos encontramos con un poeta pródigo en escasez y genero-



so en su silencio, pese a contar una voz poética valiosa y singular. *Estancia* tiene tres partes muy definidas, que podrían venir regidas por una poética del *lugar equivocado* (significativo título del prólogo, significativamente colocado al final del libro), en que el descoyuntamiento sintáctico y la alteración de los ritmos normales son trasuntos de la dislocación emocional e intelectual del poeta, perdido en un mundo errático. El cosmos de Gaspar es una sociedad (at)errada, donde los niños son objetos del horror (“Un día con Stevens”, sobre el poema de Wallace Stevens “Trece formas de mirar un mirlo”), y donde la afectividad marital se demuestra mediante lo extremo, nauseabundo y animal (“Enunciado”).

En la primera parte, dedicada a la muerte de la madre, la palabra *estancia* y el énfasis de Gaspar en la idea de lo *restante*

(lo que queda *de él* tras la desaparición materna y lo que en esa mujer restaba de lo real tras su progresiva disolución psíquica), nos trae el eco de otra palabra asociada, la *restancia* apuntada por Jacques Derrida en *Resistencias del psicoanálisis*, entendida como la resistencia generada todavía por aquello que ya no está. La elaboración del duelo, según Freud, es también un proceso lingüístico, donde la gramática y los nombres propios importan, algo de lo que es consciente Gaspar: “Nuestra tarea es recordar algunos rostros, / ciertas fechas de nacimientos y de muertes, / el camino para volver a casa, y el partido / al que votamos, y el nombre de nuestro perro. // No parece gran cosa –y no lo es, en efecto–, / hasta que llega la hora / en que alguien que te enseñó tu nombre lo olvida” (p. 15). Lo *restante*, lo que queda de la existencia del ser querido, peleando contra nuestra mostrenca presencia, es tratado por el poeta con una crudeza y una sinceridad desasossegante: “¿Por qué no has tenido hijos? / Voy a contactarlo, y contigo a todas / las mujeres que me lo preguntaron. // Para que nadie deseara mi muerte” (p. 16). Gaspar hace bueno el verso del ilustrado Manuel José Quintana, “eterno horror de la familia mía”, asomándose al inacabable abismo de los errores, horrores y terrores de las relaciones afectivas intrafamiliares, indisolublemente compuestas a la vez de espanto y de ternura. Ambas pueden encontrarse sin dificultades, expuestas a la perfección, en este extraño, duro y necesario libro de Sergio Gaspar.

Vicente Luis Mora